



CARLOS R. TOBAR





## *OTRA POETISA*

ATHOS Á SILVIO.

Me hablas con entusiasmo, querido Silvio, de la talentosa hija del Guayas, lujo ahora de esa tu tierra, que si bien no ha menester de galas ajenas para campear como la más vistosa de nuestras ciudades, no distingue, sin embargo, propios de extraños, cuando se trata de ingenio ó virtud. ¡Cómo de leguas se percibe en tu acento al hijo noble del poético Ambato, siempre sediento de gloria, siempre con todo el Ecuador por patria y toda la humanidad por hermanos, y sin pizca de provincialismo ni de otra pasión que en algo le aplebeye! Y á fe, que sólo me complacería en tu liberalidad, si metiéndome las “Reminiscencias” por los ojos, no exigieras también de mí transportes idénticos á los tuyos. No arde en el Norte con la misma fuerza ese soberbio sol que abrasa tus arenales! Un páramo es mi morada y la soledad mi compañera: imagínate la estufa que necesitará mi espíritu para medio incorporarse. Y al hablar de una mujer, además no caben reticencias ni restricciones: ó galante y entusiasta á toda vela, ó ciego, sordo y mudo como un islote. Pero como no te juzgo tan indiscreto que vayas á mostrar mi carta á nadie, ni tengo por racional ó provechoso traspasar los límites de lo justo, aun tratándose de una hermosa;

veamos si por medio de un símil te expreso con exactitud el juicio que me pides, acerca del poemita de la señora M. G. de M.

Pero antes déjame tirarle la oreja primero al marido. A....quién es este A? Cuánta facilidad y elegancia en la expresión de sus ideas y afectos! Con todo ni como de literato, ni de político he tenido hasta hoy noticia de él: ¿Demasiado modesto ó demasiado indiferente á nuestra vida pública? Muy reprehensible en ambos casos. Recuérdale que, según el Evangelio, sólo del siervo perezoso es eso de enterrar los cinco ó el único talento que, bajo tan graves condiciones, nos dán al comenzar nuestra peregrinación.

Venga ahora el poemita. Viajas de fijo y á menudo por nuestra escabrosa sierra; y cuántas veces bien fatigado y aburrido habrás tocado en *tambos* ó posadas, que aun envidian y mucho á las que inimitablemente describe Cervantes. Pero quizás también diste, como yo alguna vez, con una casita blanca, aseada, coqueta, á cuya puerta llamaste con las ínfulas y la arrogancia de un viajero acomodado y de la cual ya estás afuera, con ese dulce escozor de una gratitud indeleble. Pero á poco andar, no es la nobleza, no la esquisita educación de tus huéspedes las que te llevan medio abochornado y pensativo: la velada, la velada pone en olvido hasta el objeto de tu viaje. Pues cuando estabas ya en busca de tu lecho, te viste de improviso conducido á un salón, donde sólo tu poncho y bufanda hicieron el efecto de un ojo tuerto en un solio; y después de atenciones mil por parte de una

familia encantadora, cuál fué tu asombro al ver á una hechicera muchacha sentarse junto al piano, con todo el donaire de una limeña. Un *tonito*, un yaraví, hasta una de esas malhadadas canciones colombianas, que á mí me crisan los nervios, habrían bastado para enloquecerte. Pero no señor! con una voz argentina y un gusto y limpidez soberanos, si bien con un rostro todo llamas, rompe la *chagrita* en una hermosa zarzuela y aun en trozos de la Norma y del Rigoletto. Nada entiende de fusas ó semifusas; pero sí, y mucho, de hablar al alma por la armonía. —“Imposible, señorita, que ignore U. el arte divino de Gounod?—Pero hombre, responde campechanamente el papá, qué maestro en estos desiertos?” Y es la verdad: saltan á la vista, ó mejor al oído, la invencible afición á la música de la modesta cantatriz, su constante ejercicio en el piano y su elevado sentimiento estético. Pero lástima que no conozca la nota á maravilla: poco haría en un teatro, no es artista de profesión!—Y continúas en tu macho, Silvio, rumiando estas reflexiones, sin olvidar un momento á la hermosa dama que te las sugiere.

¿Es Ambato la casita blanca en medio del desierto, y la señora M. G. de M. la *chagrita* de mi mal zurcida historia? Aplica tú el cuento como te plazca; mas no me niegues que lo imprevisto acentúa más una sensación deliciosa.

Sí, poética sobre modo es el alma de la señora de M; cuánta delicadeza de afectos, cuánta suavidad en la expresión de lo que siente! Pero también sobre modo necios seríamos, si le demandáramos rematada perfección artística en su

obra. No es literata de profesión, no viene á competir con nuestros Reverendos Académicos, no la hemos de ver jamás con la batuta en la mano, condenando á eterno silencio la escuela de Don Juan, sólo porque salió de su seno la famosa "Candela"; obrita muy pringadora desde luego, pero que vale más que todos los *cantos populares*, ni siquiera repetidos por los ecos de nuestros montes. Los arrullos de la señora de M. son como los de un arroyo en un jardín; ella con más razón que la artista excelsa, doña Gertrudis, podía decirnos: "Canto como canta el ave, como las auras suspiran.... Canto porque al cielo plugo-darme el estro que me anima,— como dió brillo á los astros—como da al orbe armonías."

Sí, repito, Silvio: poetisa y muy simpática es tu semi-paisana; y de plácemes están las Sucres, las Caamaños, &c. por esta nueva estrella en su constelación. ¿Quieres una muestra de esa gracia enteramente femenil de su Musa?

“¿Qué lindas son las flores, mamacita!

—Te gustan, ilusión encantadora?

—Como me gusta, madre, el claro día

Y la luz sonrosada de la aurora.”

¿Quieres uno de esos toques que dán á conocer la delicadeza y seguridad de un pincel?

“Trémula de emoción, álzase hermosa,  
Y *después* de besarnos las mejillas,  
De Cristo ante la imagen dolorosa  
Fué á caer lentamente de rodillas.”

¿Quieres renovada una idea vulgar, pero bien expresiva?

“Y las lágrimas son perlas valiosas  
Lluvia que viene el alma á refrescar  
Cuando se agita cual paloma herida  
En los cruentos dolores de la vida.”

Y ya que *dolores* tocamos, una reflexioncilla. Pesares efectivos y graves han sido en verdad el lote de nuestra cantora, en la primayera de su vida; pues el destierro, la orfandad prematura, las estrecheces en el hogar, cosas son para nublarnos bastante el alma. ¿Por qué, sin embargo, y *apesar* de la poetisa, esa luz crepuscular en sus versos, luz que de tanto hechizo reviste las producciones femeniles? Una de dos: ó quienes mucho han padecido y sin interrupción, no son los cantores privilegiados del dolor; ó en la quietud y bienestar presentes, no acertamos á evocar con eficacia las horas de tempestad y angustia. ¿Y por qué nó, si también la sensibilidad puede encallecer, y de aquí que quien sólo por incidencia saborea el infortunio, lo exprese con más energía? Es lo cierto que la señora de M. quiso su poemita sombrío y le salió color de rosa; nos ofrece una lluvia de lágrimas y más seducidos quedamos de sus sonrisas y las de su *ilusión encantadora*; quiere cantar el dolor, y lo que adivinamos es un hogar feliz, sí por el amor que en él se abriga, sí por el cultivo sobre todo de altas y nobles virtudes.

Y aquí tienes, Silvio, la explicación completa de la segunda parte de mi *juicio crítico* [!]: poetisa es, te dije, pero no literata de profesión,

no artista; y de esta clase, ni aguardemos todavía mujeres en nuestra sociedad. A Dios gracias, la ecuatoriana hasta hoy, lo que de ordinario procura, antes que todo, es ser en verdad mujer, esto es apoyo y consuelo en el hogar. Será también su luz y armonía no muy tarde; mas por ahora adoremos en ella á la hija amante, á la esposa modelo, á la madre santa. Y dada la apenas mediana comodidad doméstica, y aun ésta no común en nuestras ciudades interioranas ¿cómo pedir perfección artística ó científica á nuestras madres ó esposas?—*Onus diei*—; Felices las que no del todo abrumadas con el peso de este cada día, cuentan con una hora á lo menos para el solaz y el alimento de su espíritu! Te consta, Silvio, también mi Lola rasgueaba no mal la guitarra, allá en vísperas de mi sabrosa luna, y qué divinamente cantaba sus propios versos y aun los tuyos, y los míos por de cantado. Ahora... con guitarras más bellas desde luego, pero de bemoles no á lo Rossini ni á lo Mozart, entona sus cantareillos sí, mas sólo para acallar ó adormecer á sus serafinillos, trocados no rara vez en irresistibles huracanes.

Admirable es y digna de todo loor una mujer altamente ilustrada, profundamente científica y consumadamente artista; pero más adorable sin disputa cuando á un juicio recto y elevado, y á un corazón delicado y sensible aduna amor inquebrantable á la virtud y se desvive en su esmerado cultivo. Eduquemos, ilustremos, acrisolemos á nuestros adorados tormentos, Silvio; pero no les pidamos todavía perfección en lo que no há mucho les estamos poniendo ante

los ojos. Si en materia de cítaras y péñolas, el sexo feo mismo, con excepciones rarísimas, es de un feo bien subido entre nosotros, aunque como académicos nos pavoneemos; al sexo hermoso, tan largo tiempo relegado al olvido y la oscuridad intelectual ¿le hemos de exigir de sopetón Olmedos y Montalvos?

Y punto ya, Silvio: un abrazo de tu hermano

ATHOS.

---

### CARTA A ATHOS.

Mi muy estimado Señor:

Con satisfacción íntima devoré los conceptos de una carta literaria dirigida por Ud. á nuestro común y nobilísimo amigo *Silvio*, y publicada en el "Diario de avisos" del 15 de este mes. Aunque sospecho quien sea el benévolo *Athos* que tan galantemente juzga las "Reminiscencias" de mi esposa, la duda no hace al caso para que yo pueda enderezarle esta mal pensada y peor expresada carta, como débil muestra de mi estima y de mi reconocimiento. Si no por la necesidad de presentarme á Ud. cual soy, ó mejor, revelarles quién es el *marido A. . . . .*, à quién todavía está haciendo dulce comeción ese urbano y amable *tiron de oreja* que *Athos* ha tenido á bien propinarle, á ello me obligaría, aun á riesgo de ser indiscreto, un alto deber de gratitud: tarde quizás llego á cumplirlo, Señor, y debo tan propicia ocasión

á una enfermedad. que llamaré oportuna, ya que escusándome de concurrir al desempeño de mis tareas ordinarias y fatigosas, me deja hoy tiempo brevísimo para disponerlo á mi sabor en la grata á par que honrosa de ofrecer à Ud. mis respetuosas consideraciones. Soy franco y muy leal:—¿me negará Ud. el honor de autorizarme para llamarle amigo? ¿Desechará Ud. la mano de tal que le presento, comprendiendo, eso sí, los deberes que ese título impone?—Me atrevo á suplicarlo, Señor, y vaya para justificarme la leal intención que me fuerza á tal atrevimiento.

Ese *tirón de oreja*, esa señal de benévola simpatía que se me ha dado en forma de cariñoso castigo, me impone la obligación de manifestar á Ud. que ni por modestia ni por indiferencia, sino por convicción de mi nulidad, mi pobre nombre no ha podido trasponer los estrechos límites de mi provincia, ni ser conocido fuera del círculo de mis pocos amigos.

Modestia—para mi ver—no es sino desconocimiento de los propios méritos: cuando verdadera esta virtud, realza y abrillanta las demás á despecho mismo de quien las posee; cuando falsa, velo hipócrita con que se cubre el insensato orgullo, detrás de él, si la perversidad no está elaborando obras infames, cuando menos la ridiculez está hinchada provocando la hilaridad pública: en mi concepto, no hay modestia donde no existen méritos positivos que ocultar ni tímidas virtudes que esconder. Conque, pues, sin aptitudes que me levanten de lo vulgar ni merecimientos que me den papel para elevarme

un palmo sobre la multitud; no veo en mí esa virtud envidiable puesto que tan rara. Digo, Señor, con mi mano sobre el corazón; y digo, porque así es y así lo siento: eso que Ud. supone ser modestia en mí, no es sino reconocimiento de mi pequeñez.

Cuando la indiferencia por la obra pública no acusa perversidad, convence á los hombres de egoísmo ó insensatez irremediable. Soy ambateño, Señor, y de los más celosos admiradores de ese Chimborazo de la Literatura y de la sana política que en la vida consintieron con el nombre de Juan Montalvo; ¿podré ser indiferente á la prosperidad ó desventura de la Patria? Aprendí á leer en "El Cosmopolita", y cuando mi corazón se sentía apto para recibir con entusiasmo fuertes impresiones, y mi espíritu en potencia de aprovechar lecciones con ahinco, las admirables y luminosas que seben provocar los escritos del Filósofo, me abrieron el camino de la vida.—¡La Patria! ¡Quién será indiferente á su ventura!—Si por instinto no la amaramos, las obras de Don Juan, sendero que conduce á ese amor, pero ardiente y desinteresado, nos lo impusieran, puesto que no vieramos en ese afecto salvador un venero inagotable de mezquina ganancia ni pretexto ruín para ejercitar viles pasiones. Amo á mi Patria, honda, ahincadamente, y muy capaz me siento, por su dicha, de resistir con estoica firmeza à cualquier sacrificio. No es encarecimiento, Señor; toda vez que ella necesite del concurso de sus buenos hijos estaré entusiasmado formando en las filas de los defensores del Derecho.

Pero me he separado con horror de aquellas luchas criminales, infecundas en beneficios, proficuas en desolaciones, en que á nombre de Patria y Libertad, con pretexto de reformas sociales de que tanto ha menester la República, han ido sucediéndose los malvados bogando en lagos inmensos de lágrimas y sangre: llorando escondido en la dulce intimidad de mi hogar tantísimas desdichas públicas, las he visto pasar tal cual vez sobre mí mismo, clamando por la ocasión de ofrendar siquiera mi vida á la redención de esta como República, presa infeliz del clérigo fanático, del soldado corrompido y del doctor hipócrita:—he temido, Señor, penetrar á ese campo maldito donde el honor sucumbe al sebo de un puñado de oro, donde los gritos desgarradores de la conciencia se dejan oír menos que las promesas dolosas del poderoso, donde los resplandores mismos de la Gloria son oscurecidas por la nube mezquina de una lisonja falsa y atrevida. ¿No lo hemos visto, no lo vemos aún?—Amo á mi Patria, y aunque lejos de ella, su sol y sus aires, sus ríos y sus mares, sus valles y sus altísimas montañas me arrancarían con el recuerdo ayes dolorosísimos, podría exclamar con el Romano: “¡Patria es cualquier rincón del mundo donde se pueda vivir libre!”

La Literatura, el cultivo de las bellas y buenas letras fue el sueño constante de mis primeros años. ¡Cuántos embelezos me hizo sentir ese deseo y cuán radiante miré el porvenir tirando por ese camino! Hubiera querido asentar mi planta en la cima del Chimborazo y mi espíritu se fa-

tigó sólo al pensarlo: me sentí sin aliento para poder respirar en la atmósfera de los inmortales é impotente para luchar con desencadenadas tempestades, temí á las pasiones que por fuerza habían de envolverme; ví al fondo el oscuro abismo del ridículo y preferí quedarme contemplando lleno de admiración la frente del coloso, en el suave vallecito de mi insignificancia. Ser literato útil teniendo por norma un propósito benéfico para la humanidad y consagrar mis facultades y mi ciencia al apostolado, á la propaganda de doctrinas redentoras, resuelto á ceñir á mis sienes la corona del mártir ¡qué dicha! Pero ¡sueño y no más! Señor: dónde las facultades altivas y extraordinarias? dónde el corazón de atleta? dónde la ciencia profunda? dónde, dónde la vívida llama del Genio? Será un capricho, pero así lo siento; en esa materia, Montalvo, Olmedo, Athos, Silvio ó nada. Literatos hay, me parece, que ni mueven ni enseñan; no veo en ellos UNA IDEA, descubro UN INTERES hijo del egoísmo.

Basta; ya soy importuno, Señor. Complázcome comunicándole los sentimientos de aprecio con que *la chagrita* saluda á Ud. y vuelvo á honrarme ofreciendo á Ud. los míos de respetuosa consideración.

De U. obsecuente y grato amigo S. S,

AURELIO MOSCOSO.

Guayaquil, octubre 29 de 1890.